

EJEMPLOS RELEVANTES DE HOMBRES EN EL ANUNCIO Y CONSTRUCCIÓN DEL REINO DE DIOS A TRAVÉS DE LA HISTORIA¹

RELEVANT EXAMPLES OF MEN IN THE ANNONCEMENT AND CONSTRUCCTION OF THE KINGDOM OF GOD THROUGH HISTORY

LUIS RAMÍREZ VERA

Departamento de Fundamentos de la Educación
Universidad Católica del Maule, Chile
lramirez@ucm.cl

RESUMEN

Este trabajo será poco más que una simple recopilación de datos de insignes personajes en diferentes tiempos y lugares, si no es posible percibir en él (o su autor no es capaz de hacerlo entender) un hilo conductor que, en pocas palabras, está referido a cómo y de qué manera, en diversas circunstancias políticas, sociales y económicas, la Iglesia, la verdadera y única Iglesia de Jesucristo y quienes forman parte de ella, se evidencian y se trasuntan en obras en el anuncio y la construcción del Reino de Dios, encarnado en la historia.

Palabras claves: Iglesia, Constructores del Reino, Misión.

ABSTRACT

This work does not intend to be anything more than a mere data collection of famous characters of different times and places, if it is not possible to perceive (or the author cannot help you understand) a guiding thread that, in a nutshell, refers to how and in what historical ways, the Church, the true one of Jesus Christ, and those who are part of it became notorious worked in the building of the Kingdom of God.

Key words: Church, Kingdom Builders, Mission.

¹ Hombres significa aquí personas de sexo masculino. A riesgo de parecer un trabajo de sesgo irrefutablemente machista, se sugiere interpelar al autor por la segunda parte de este estudio de carácter histórico-biográfico.

PALABRAS PRELIMINARES

No es pertinente desarraigar, bajo ningún análisis de índole disciplinario, a la Iglesia cristiana del marco histórico general en la que se ha ido desarrollando a través de dos mil años de existencia terrena. De esta forma, esta institución humana, de origen divino, impulsada y dinamizada en su progresión por la fuerza del Espíritu y dirigida hasta la consumación de los tiempos, en cuanto la componen seres humanos y, en cuanto no se la puede sustraer del contexto político, social y económico; no pocas veces parece apartarse del camino y de la verdadera misión que le fue encomendada por su fundador.

En otras épocas, a menos que no estemos dispuestos a liberarnos de nuestros prejuicios y condición de personas propias de la que ahora vivimos, constatamos muchas equivocaciones, desvíos respecto de la recta doctrina, variadas imposiciones (como las tareas de la *conversión armada*), represiones y castigos (como los que debió administrar el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición), el mantenimiento y legitimación de estructuras de irrefutable desigualdad e injusticia entre los hombres. Estas intenciones y acciones que, en ocasiones, tanto se apartaron de la propia voluntad de Dios, pueden ser comprendidas y explicadas (no necesariamente justificadas) por las particulares condiciones, de diverso orden, que en ese respectivo tiempo se imponían.

No obstante, la presencia y fuerza del Espíritu Santo, realidad sempiterna en una iglesia ya prefigurada en los primeros tiempos, preparada antes de la venida del Mesías, constituida y manifestada especialmente en relación con Él y su ministerio y sostenida, ahora, hasta el final de los tiempos por quienes constituimos, somos o pretendemos ser la Iglesia que Jesús quiso; permanece allí y lleva adelante a la comunidad universal para seguir caminando y anunciando el plan salvífico del Señor (Silva, 2001) Pareciera ser que en los momentos de mayor oscuridad, en las situaciones de decadencia más profundas, internas o externas a la Iglesia, cuando todo se muestra más difícil y complejo con mayor fuerza y vigor renace, *se recrea* esta misma Iglesia (porque no es otra) a través de la obra que algunos impulsan, de un nuevo movimiento apostólico o por la contribución de un gran concilio.

Este trabajo pretende mostrar el testimonio de algunos exponentes del cristianismo en diferentes lugares y épocas, para responder a los desafíos que imponen tales circunstancias. El denominador común está en la fidelidad al

Evangelio, único y válido referente de carácter universal en la temporalidad y en la espacialidad de quienes así se llaman discípulos de Jesucristo.

La idea surge a partir de la referencia neotestamentaria que alude al pasaje que habla del fariseo Nicodemo “¿cómo puede uno nacer siendo ya viejo?” (Jn3, 1-8). Entonces, ¿de qué manera la Iglesia renace, se re-crea, siendo ya vieja?

Convencidos de que esta recreación, renovación y conversión ha sido constante en los dos milenios de camino eclesial, que siempre alguien o algo permitió, aun en la depresión más evidente, el renacimiento y resurgimiento de la Iglesia; se exponen aquí algunas ideas respecto de nueve personajes, hijos de ella, hermanos nuestros, casi todos consagrados, uno de ellos no cristiano, para ilustrar aquello tan interesante de la *Iglesia = Humanidad* y que, individualmente y en su conjunto, marcan un hito (reiterado después miles de veces por muchos cristianos anónimos) revelando un testimonio del verdadero ser y quehacer de la Iglesia que está genuinamente al servicio de la construcción del Reino. Sin detalles biográficos mayores, se pretende describir brevemente la circunstancia histórica en la cual les correspondió hacer su apostolado, (casi siempre luchando por romper el esquema rígido de un orden establecido que no era congruente con el mensaje evangélico) y proyectar el cómo pudiera actualizarse y hacerse vigentes sus respectivos mensajes, en el tiempo también complejo y, particularmente crítico, que vivimos hoy.

Iglesia y Reino

El hablar de “iglesia” tiene, necesariamente, una connotación comunitaria, comunidad de seres humanos que solo vista institucional y socialmente *cumple* con exhibir los elementos sustanciales de toda sociedad de seres humanos: tiene organización, dirección y jerarquía; manifiesta cohesión social y persigue fines comunes.

Empero, el planteamiento eclesiológico de pensar, concebir y ser Iglesia supera largamente el enfoque puramente positivo y, necesariamente, se enlaza con fundamentos que derivan de la revelación, la tradición y el magisterio. Así como se ha afirmado que nuestra reflexión de Iglesia no se puede *privatizar*, para enfatizar su carácter amplio y comunitario podríamos afirmar que tampoco se puede institucionalizar, relativizar o reducir socialmente a lo que cualquiera otra institución pudiera ser o significar.

Hay en todo esto algo más profundo. Al centro de la reflexión eclesiológica está el Misterio de Cristo, lo que hace a la eclesiología una problemática de indiscutible raíz y sustancia teológica. Es por eso que detenerse a constatar la misión de ser y representar verdadera Iglesia de algunas personas, en particular a través de la historia y en diferentes lugares de la tierra, pudiera oponerse a la irrenunciable idea de comunidad de la que estamos hablando. Sería bueno no olvidar que a estos seres humanos los rodea una circunstancia histórica, lideran o representan un sentir amplio y universal (a pesar de la orfandad con la que en un principio deben enfrentar sus realidades) aunque, a veces, silenciado y reprimido por las estructuras y el poder político temporal y también espiritual de su tiempo. Se trata de personas que se oponen, que no se hacen condescendientes de la antítesis del mandato evangélico. Personas que rompen el esquema establecido, que dinamizan el verdadero sentido de constituir Iglesia cuando esta parece detenerse o simplemente desviarse del originario mandato cristiano del amor, de la igualdad verdadera y de la justicia. Son testimonio de la presencia del Espíritu que está siempre actuando y manifiesta, a través de ellos, su fuerza, aun en los momentos más adversos. En síntesis, imitan al Maestro, son genuinos discípulos de Jesucristo.

En la relación Reino-Iglesia e Iglesia-Reino no puede evitar verse la eterna dicotomía terrenal entre lo que se es (Iglesia) y lo que debe llegarse a ser (Reino). Toda la historia de la cristiandad se ha movido en esa dicotomía. Hay momentos de este devenir en que la brecha entre ambos elementos se tendió a estrechar, entonces la Iglesia respondió a ser fiel seguidora del mandato del Señor: la vida en las primeras comunidades cristianas de la heroica iglesia proscrita y perseguida, el testimonio de los mártires cristianos, los momentos de renovación espiritual, especialmente monásticos y eremíticos (Cluny, Císter, por ejemplo) el surgimiento de las más importantes órdenes religiosas, algunos de los grandes pontificados romanos, documentos y elementos del Magisterio, la Enseñanza Social de la Iglesia y su preocupación por los más pobres.

¿Cómo distinguir en la Iglesia cuando esta se evidencia como referente absolutamente congruente con Jesús y la práctica de Jesús? Pareciera una excepción y no lo es. La presencia del Espíritu inagotable permite el avance de una realidad que no está terminada, que no está agotada, que no es estática; por el contrario, que cambia pero que en su relativa perfección no necesariamente se correlaciona absolutamente con el Reino, a medida que la civilización avanza y desarrolla. De esta forma, podría equivocadamente deducirse que hoy Iglesia y Reino están más cerca de fundirse que ayer, que la tensión escatológica del ya,

pero todavía no, se pierde o se debilita en la contemporaneidad; cuando sabemos positivamente que, en muchos aspectos, en los primeros tiempos por múltiples razones, Iglesia y Reino estuvieron más asociados que ahora, después de dos milenios de historia.

La Iglesia, esta realidad histórica, presente, que vemos, comprendemos, percibimos, no excluye la realidad invisible y espiritual que importa. La Iglesia es en la tierra principio y germen del verdadero Reino que, al final de la historia, terminan por consumarse. Asumir, por lo tanto, que la Iglesia está al servicio del Reino que inaugura Jesús entre nosotros y que este no es una realidad ultramundana es precisamente lo que hacen aquellos que experimentan el imperativo moral de sentir, pensar pero también actuar ahora, evitando moratorias compensadoras de *dejar todo como está*, si en el tiempo postrero o en el *más allá* todo será diferente y mejor. Es asumir que somos agentes de cambio ya, que Dios quiere que lo seamos, que Dios no nos hizo esclavos ni una raza de robots en serie, sino libres y responsables, co-creadores, custodios del justo orden establecido que no siempre coincide con la normativa y la legalidad humanas. Un orden justo que debe ser defendido cuando la libertad de otros hombres y mujeres o su dignidad, por el error o la mala intención, se ven amenazados o atropellados.

El apostolado de los hombres de Iglesia no puede ni debe dicotimizarse en atender lo espiritual y descuidar lo material. El Hombre, hijo de Dios, es una realidad integral y así debe ser atendida. Renegar de la temporalidad, de la circunstancia histórica es enajenar, es alienar el planteamiento, sacarlo de su realidad con la débil excusa de que lo importante solo es *salvar el alma* (como imperativo único).

El Reino que el Señor inaugura entre nosotros es un total nuevo estado de cosas que se compromete con la historia humana, la interpela y quiere modificarla, para hacerla mejor. Quiere superar en ella todo aquello que vaya contra el plan dispuesto por Él, especialmente la injusticia y la falta de amor. Es una buena noticia para pobres y pecadores que la verdadera Iglesia lleva a los que no esperan más nada.

Iglesia que no se renueva, que no nace de nuevo, que no se recrea, que no transgrede cuando es justo hacerlo en su empeño por construir el Reino, es simple institución; legal, establecida, normada que, mirada desde este punto de vista, no asegura la presencia del Espíritu en Ella o, en verdad, su plena manifestación y, por lo tanto, no hace la diferencia ni supera la querrela o la dualidad de ser: imposición o convicción, continente o contenido, institución inerte o manantial de

vida, organización religiosa o verdadera comunidad de fieles. Si la construcción del Reino en verdad llama y obliga a la conversión, promoción y liberación genuina, entonces lo realizado por los nueve miembros de la Iglesia destacados en este trabajo, constituye un testimonio digno y necesario de considerar.

San Pablo

*Aunque hablara la lengua de los hombres y de los ángeles,
si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe.*

San Pablo fue un judío originalmente llamado Saúl (hebreo) o Saulo (griego). Había nacido en Tarso de Cilicia, en un año posterior al nacimiento de Cristo que los autores no han podido definir con precisión. Se habla entre el 1 y el 6 d.C. Como judío que era (aunque civilmente perteneció a la ciudadanía romana de su tiempo) formaba parte de la tribu de Benjamín y fue educado, desde su infancia, en las estrictas normativas fariseas. Alrededor del año 36 y después del providencial episodio vivido por este censor y perseguidor de cristianos, camino a Damasco (Hch 9, 1 y ss) se convierte para, posteriormente, transformarse en el gran apóstol de los gentiles.² Desde entonces se explica su cambio de nombre. Ahora se hará llamar Pablo, nominación de origen latina (Spielvogel, 2009).

En los albores del cristianismo, dos sustanciales elementos de la vida de San Pablo, sumados a la excepcional capacidad teológica y doctrinal de su mensaje, son importantes de destacar aquí: su conversión, aquella iniciada en viaje a Damasco pero, más que eso, la que experimenta en crecimiento y liberación después, durante todo el resto de su vida; lo que demuestra que para el Señor nada es imposible, si a su llamado hay correspondencia, una respuesta clara y decidida para ir a su encuentro.

Su convicción y vocación para universalizar el Evangelio fue llevarlo más allá de la frontera nacional judía y hacerlo un proyecto de salvación para la humanidad entera, sentando las bases –en el contexto de una sociedad evidentemente injusta y discriminatoria– de una propuesta y de una misión que necesariamente debe ser ecuménica, donde no haya diferencia alguna de género, origen o dependencia.

A San Pablo se le considera el misionero más grande y notable de la primera generación de cristianos, más bien en tránsito genético del judaísmo al cristianismo.

² Hombres de otras naciones diferentes a la judía

La actualización de su mensaje hoy nos obliga a luchar por barrer todo tipo de discriminación. Nos invita a convertirnos cada día, a hacer de la conversión una tarea permanente, a perfeccionar nuestra vida de cristianos. Las cartas de San Pablo siguen teniendo en el tiempo presente el impacto y la ascendencia que tenían sobre las primeras comunidades en el momento en que fueron escritas. El discurso paulino nos enseña la verdadera realidad del anuncio del Reino aun en tiempos adversos, nos invita a no transformar la iglesia en una secta más entre las tantas que existen.

El martirio de San Pablo en Roma, alrededor del año 67, demuestra la consecuencia de este hombre que, en un mundo profundamente no propicio a su tarea, no deja de valorar la grandeza y la proyección de la misma; no para su vanagloria (como él mismo lo advierte) sino para la humanidad que viene, y lo hace a partir de debilidad y fragilidad humanas, situación congruente con la semilla que recién se estaba sembrando pero que habría de transformarse en la empresa imperecedera y más vivificante para la salvación de todo el género humano.

Alcuino

A partir de este instante todo sajón no bautizado que intente esconderse entre sus compatriotas y se niegue a ser bautizado, persistiendo en su paganismo, será condenado a muerte
(De las capitulaciones Sajonas, 772-804)

De Alcuino (Albino) la historia dice muy poco. Teólogo y sabio pedagogo inglés (735-804), había recibido de Carlomagno el mandato de organizar el sistema de enseñanza de las escuelas del imperio.

En el maestro Alcuino, del que no se refiere con certeza su calidad de presbítero, Carlomagno ve la persona que puede resucitar la vida intelectual de las Galias e Italia. Se le considera uno de los intelectuales más insignes de su época, consejero personal del emperador. Otros antecedentes lo presentan, después, en una abadía que recuerda a San Martín de Tours.

En Carlomagno (768-814) una de las figuras cumbres de la historia universal, hombre de estado y cristiano piadoso, la Iglesia de los albores del Medioevo encuentra su brazo secular más fuerte como apoyo en Occidente.

La Iglesia, lejos del tiempo doloroso y heroico de la proscripción, ahora está allegada al poder político, en el convenido y a veces hasta convencido estado de sometimiento de su labor catequizadora, a la voluntad del príncipe cristiano. Se ha restaurado el Imperio Romano Cristiano con una nueva y poderosa autoridad que en la Navidad del año 800 es coronada por el propio pontífice León III.

Carlomagno debe ser (y se ha comprometido a ello) el defensor y difusor de la fe entre los hombres de su tiempo, y así se inicia entonces el proceso de evangelización. Los pueblos, uno a uno van siendo sometidos. A la conversión del rey, normalmente, sigue la conversión de sus discípulos. El norte de Europa es terreno difícil para los planes del soberano. En el año 772 Carlomagno entra con sus tropas y misioneros en territorio sajón,³ habitado por un soberbio e insurrecto pueblo que no está dispuesto a acatar el nuevo orden de cosas. Treinta años duró la sangrienta guerra hasta someter por el terror a esta nación de rudas costumbres que los propios romanos no habían podido pacificar. El cristianismo pretende ser impuesto por la fuerza. La *Lex Saxonum* (Capitulaciones Sajonas) sentenciaba lo que debería ocurrir de ahí en adelante (Poblete, 1973).

Va a ser precisamente Alcuino quien encabece la protesta de la Iglesia contra la conversión forzada impuesta por Carlomagno al enemigo vencido. No era así, independientemente de los procedimientos propios de la época, como el espíritu y la conciencia debía recibir el nuevo mensaje, la nueva propuesta del amor cristiano.

El contenido esencial del mensaje evangélico era claramente opuesto a la forma como debía entregárselo. A la conciencia de los hombres no se le podía imponer creer (como tampoco obligar lo contrario). La conducta de Alcuino recrea la verdadera Iglesia de su tiempo y en el tiempo presente apunta a la ajustada idea de la evangelización de y desde la cultura, de lo que han hablado tan meridianamente claro los pontífices Pablo VI y Juan Pablo II.

En el real sentido de ser Iglesia el hombre responde, por su dignidad, voluntariamente y no por la fuerza a la invitación que el Señor le hace (por lo demás, gratuitamente) para colaborar en la construcción del Reino. Allí hay un encuentro recíproco, jamás una imposición.

³ Pueblo de etnia germánica que se instaló a vivir en la desembocadura del río Elba y parte del cual fijó emplazamiento en Inglaterra durante el siglo V. Fue sometido por Carlomagno en las postrimerías del siglo VIII.

San Francisco de Asís

Señor, haz de nosotros un instrumento de tu paz.

Muchos lazos familiares y comerciales ligaban a Don Pedro de Bernardote con Francia, la antigua Galia Romana, por eso es que su hijo, primero bautizado como Juan, en honor a su madre, pasa a llamarse después Francisco (de francés) como habría de conocerlo la historia posterior. Francisco vino al mundo en el invierno del año 1181. En medio de las diferentes condiciones en que la gente del Medioevo vivía por esos años, la actividad comercial de su padre, un mercader en telas, le permitió ver la luz en una familia que podría disfrutar de bondades materiales más que suficientes. No es extraño, entonces, que el joven futuro santo hubiese, aparte de ir a la escuela, participado en las tareas que afanaban a sus padres y, por razones familiares, verse hasta involucrado en las eternas guerras y guerrillas de una época de señores y reyes, de ciudades contra ciudades. Se relata que, incluso, habría estado cautivo después de uno de los pleitos armados que sostenían desde mucho los habitantes de Asís, su ciudad, con los de Perusa (Farga, 2009)

Podría haberse esperado, por tanto, que en el espíritu normalmente inquieto y rebelde de un joven de su edad hubiese asomado una conducta adversa o indiferente hacia la forma de vida personal y eclesial que se llevaba en aquellos años.

El llamado *siglo de hierro*, denominado así aludiendo a su pobreza espiritual negativa, asociado a una de las peores crisis vividas por el pontificado romano y manifiesto en el relajamiento de la conducta de muchos obispos y presbíteros, en simonía⁴ y nicolaísmo,⁵ favorecían la aparición de movimientos renovadores y reformadores de la Iglesia como Cluny, en el siglo X, y Cister, tiempo más tarde. Estos caracteres preceden a la temporalidad que habría de vivir Francisco, cuando, bajo el pontificado de Inocencio III la decadencia empieza a transformarse en tiempo de esplendor. ¿Hacer una nueva propuesta de vida de los valores cristianos o dejarse estar para vivir libre y sin compromisos? A estas interrogantes debería responder Francisco de Asís (Orlandis, 1991).

⁴ Compra o venta deliberada de cargos eclesiásticos. Negocios a propósito de atribuciones espirituales o religiosas.

⁵ No obediencia al cumplimiento de la ley o disposición del celibato.

Este frustrado soldado, que camino a la guerra (desde Asís hacia Espoletto) descubre, en verdad, a qué Señor debe servir, habría de transformarse en una de las personalidades más cautivadoras de toda la historia de la Iglesia universal. Hidalgamente levantado en oposición a su propio padre, decide, con unos pocos discípulos, iniciar un apostolado de servicio al verdadero padre, el Señor.

Pobremente vestido, renunciando a todo lo que a otros eclipsaba, haciéndose el más pequeño, entre los pequeños empieza, a pesar de la burla de muchos de sus amigos, a caminar por la senda de la santidad. No sin dificultades le acoge y aprueba provisoriamente el propio pontífice en San Juan de Letrán. Por aquellos años, también a caudales arreciaba el ardor mendicante, anunciando muchas intenciones de establecer nuevos movimientos y corrientes, en medio de las cuales más de un contrasentido y hasta una propuesta hereje podía disfrazarse.

No obstante, encausado en su tarea, este hombre, lejos de la imagen de iluso, soñador ingenuo con la que se nos ha querido mostrar, decide salir de viaje a hacer trabajo de predicación y anuncio. Pretende partir a Siria y fracasa. Todo lo trae de vuelta a Asís, su pueblo. En 1212 se encontrará con la joven Clara, quien años más tarde dará vida a la orden de las Monjas Clarisas, efecto indudable del trabajo misionero de San Francisco. En Francisco se concilian dos valores fundamentales que luego transmitirá a sus *hermanos menores*, a toda la orden franciscana y a los hermanos de la *tercera orden*: la pobreza y la alegría. Pobreza y alegría que lo acompañan hasta el día del martirio o privilegio de la estigmatización, previa a su prematura muerte, alrededor de los 44 años. Pobreza en el más amplio sentido de la palabra, de prescindencia y desapego a las cosas materiales que a todo el mundo cautivan y espiritual positiva, en tanto la idea era entregarse humildemente, servir sin condición (Orlandis, 1991)

Alegría para superar los obstáculos que el difícil y oscuro mundo en que vivía le ponía por el camino. Hay pobreza y alegría en aceptar y dejarse guiar por la voluntad de Dios, de ser cocreador y guardián de las obras de Dios en la tierra, de la preservación de sus huellas de bondad: la vida, las plantas, los animales.

El testimonio de San Francisco se hace actual en la vida auténtica de no esclavización a los bienes materiales, en no caer en la fiebre consumista que lo arrebatara todo, de advertencia de no alcanzar la felicidad a cualquier precio. Porque es lícito conseguirla aquí, en la tierra, no puede ser a costa de la infelicidad de los demás o de la destrucción del planeta, o de quienes lo habitan. San Francisco, quien viene a nosotros desde el siglo XII, se nos revela como el ideal de hombre

de Iglesia-Reino, iglesia verdadera, acaso no esté ya acompañando el plan de Dios desde los mismos días de la creación. Cuando el Supremo Hacedor manda a cuidar el jardín, quizá San Francisco ya está allí, desde siempre.

Fray Bartolomé Las Casas

¿Estos no son hombres? ¿Con estos no se debe guardar los preceptos de caridad y justicia?

En el análisis histórico del carácter que revistió la conquista y posterior colonización de América por España, hacen competencia diferentes planteamientos: desde el espíritu de aventura y búsqueda de fama de un hombre español, hidalgo que hace tránsito entre el caballero y el nuevo sujeto renacentista; pasando por el plan político de seguir extendiendo el imperio español por el mundo y hacer competir efectivamente a la metrópoli con las grandes potencias de la época o, de una empresa económica monopolizada por el estado para el sustento del naciente capitalismo mercantilista de esos años.

No obstante, siempre recurre la cuestión catequética. América era tierra de misión para la Iglesia. Los *catecúmenos innúmeros* esperaban a este lado del Atlántico y el cristianísimo estado monárquico español no podía desatender esta obligación. Los testimonios históricos, sin querer reavivar la *leyenda negra*, parecen demostrar que la filosofía del amor cristiano, particularmente a los indígenas, poco o nada se practicó en estas latitudes.

Empero, cuando institucionalmente el Estado, patrono de la Iglesia por las concesiones del papa Alejandro VI a los reyes católicos y a sus herederos, parecía eludir su misión cristianizadora a través de la Iglesia, su protegida; en el seno de ella misma, la fuerza del Espíritu y el Reino parecen anunciarse y lo hacen a través de unas pocas mentes y bocas que denuncian. Lo hacen, entre otros, por el testimonio de Fray Bartolomé de Las Casas quien, en la defensa de los indios ocupa el tiempo que desatiende al esclavo negro de esos años.

Este misionero español nacido en Sevilla en 1474 se embarca a comienzos del siglo XVI hacia América y años después es ordenado en Santo Domingo. Instalado allí, después de estar algún tiempo en Cuba, Las Casas levanta su voz valiente y huérfana por el estado de semiesclavitud al que estaban sometidos los indígenas y por la injusta discriminación de que eran objeto. A partir de ese momento su tarea de misionero e historiador la vuelca completamente en la defensa de los naturales de la isla y de América toda (Farga, 2009).

¿Estos no son hombres?, dirá, casi consternado, Fray Bartolomé de Las Casas y su apostolado se reactualiza hoy en la lucha anti segregacionista y antidiscriminatoria que todo cristiano comprometido debería sostener, especialmente en América Latina; mundo moreno, lleno de contrastes, profundamente desigual en trato y oportunidades para su gente, particularmente para las minorías étnicas que la habitan y que solo sirven en tanto hay que justificar y pregonar alguna causa, o exhibir las bondades típicas del folclore y la tradición de cada pueblo.

Los testamentos episcopales latinoamericanos de Puebla, Santo Domingo y Aparecida (CELAM, *Conferencias Generales 1979, 1992 y 2007*) nos orientan y nos llaman a hacer praxis ahora el Evangelio de Jesucristo entre nuestros hermanos, exigiendo igualdad de trato y oportunidades para aquello que, históricamente, se les ha negado: la posibilidad de ser dignamente más.

Luis de Valdivia

*Que a todos los dichos indios, así oficiales como trabajadores,
el colegio les dé tierra en que sembrar,
bueyes y tiempo suficiente para beneficiarlos.*

El cálculo de la población indígena de Chile a la llegada de los españoles oscila entre los 800.000 y el millón de personas. Los pueblos del norte y centro del país, pacíficos y más desarrollados, normalmente fueron colaboracionistas del conquistador peninsular. El español les buscó y se instaló cerca de ellos, se sometió con éstos a un fuerte proceso de mestizaje y constituyeron, estas masas de seres humanos, su más importante mano de obra para la explotación de los recursos mineros y agrícolas; mientras los europeos dedicaban la mayor parte de su tiempo a la guerra de conquistas en las latitudes más avanzadas del territorio. Una compleja y poco respetada legislación elaborada tiempo después, y que hablaba de encomiendas y tasas, pretenderá reglamentar, no sin problemas y conflictos, el trabajo de los aborígenes.

En efecto, al sur del Bío Bío la adversa presencia del pueblo mapuche motivaría la empresa bélica más larga y costosa de toda la conquista de América. *En Arauco he perdido la flor de mis guzmanes*,⁶ dirá uno de los más importantes monarcas hispanos (Campos, 1971). Con la espada del conquistador llegó también la cruz

⁶ Felipe II (1556-1598).

portada por sacerdotes y obispos que ya habían asomado su humanidad en este territorio, acompañando al propio Pedro de Valdivia, en 1541.

Las licencias concedidas a los reyes católicos y sus sucesores por la sede pontificia se transmitían a América y Estado e Iglesia enfrentaban en común esta magna empresa de integrar el Nuevo Mundo a la cristiandad. Cuando la iglesia oficial, más bien la estructura eclesiástica, se aliaba con el poder y no siempre era fiel a los mandatos del Evangelio, ni respondía a las buenas intenciones del propio monarca, surge, inevitable y como en otros tantos casos, la voz y obra del que quiere renovar y recrear, hacer nacer de nuevo el mensaje cristiano.

La figura del religioso jesuita padre Luis de Valdivia no ha tenido aún el verdadero reconocimiento que merece. Enrolado a los 20 años a la Orden de San Ignacio, profesor de Filosofía, maestro de novicios, misionero en Arauco y Chiloé, fue uno de los superiores de la congregación en Chile. Este hombre comprometido en una estructura social profundamente injusta, propia del tiempo que le corresponde vivir (1561-1642), va a vaciar su obra con tres grandes sentidos:

Oponerse con todo su ser al servicio personal y al estado de semiesclavitud al que estaban sometidos los indígenas, reclamando para ellos la categoría de súbditos de la corona que por derecho les correspondía. Tasas y encomienda⁷ eran letra muerta si los derechos que de ambos elementos se derivaban no se traducían en realidad. El tributo del indio casi nunca era compensado como la ley indígena lo establecía, con el cuidado temporal y espiritual que le debía el encomendero.

El levantamiento y justificación de la forma de *guerra defensiva* frente al pueblo araucano propuesta por el religioso, era fijar una frontera, defenderla, nunca ingresar más allá de ésta (el Bío Bío) con propósitos bélicos, terminar con las *malocas o campeadas*.⁸ Ni el martirio de sus propios misioneros le hace desistir de este empeño.

⁷ Derecho concedido por el rey de España y América a los hombres meritorios de las Indias Occidentales para percibir los tributos de los indígenas a su cargo con la obligación de cuidarlos en lo temporal (ropa, comida y vivienda) y en lo espiritual (educarlos y cristianizarlos).

⁸ Incursiones que hacían al territorio mapuche las fuerzas armadas hispanas con el propósito de destruir las cosechas y capturar indígenas que después, por lo general, eran esclavizados.

La educación y evangelización de los naturales, es el norte por el cual gasta gran parte de su tiempo junto a otros jesuitas, en escribir y difundir el catecismo de la doctrina cristiana en lengua mapuche (Revista Mensaje 1993).

Luis de Valdivia, pionero en la tarea de la difusión de fe y la justicia, se recrea ahora en la empresa misionera, en la no violencia, en la evangelización de los pueblos de diferentes partes del mundo, en la cruzada catequética cristiana en África que están sosteniendo muchas congregaciones. Hace una Iglesia verdadera su legado de respeto al ser humano, cualquiera sea su condición, como hijo y criatura de un solo Dios.

El Abate Pierre

Señora, se lo suplico, por amor a Dios, entable el juicio en mi contra. Quiero poder decir en voz alta frente a un tribunal la verdad de esta situación. Aquel día me pondré todas mis condecoraciones, la insignia de diputado y, si es necesario, también, la estola de sacerdote y gritaré al tribunal que la orden que nosotros hemos violado, tiene sus méritos, ciertamente, pero que nosotros estamos prontos a violarla hasta que desaparezcan estas vergüenzas de la humanidad.

Henri Groués es un hombre de nuestro tiempo. Nace y vive gran parte de su existencia en una de las más grandes y desarrolladas ciudades de Europa: Lyon, en Francia. En gran medida representa el testimonio del anuncio de Cristo a los hombres de nuestros días. Es el heredero del mandato de hacerlo, de responder al desafío de ser verdadero cristiano, hoy. Hijo de un pequeño comerciante de familia relativamente acomodada, desde niño tuvo contacto permanente con las barriadas de obreros que rodeaban la periferia de su gran ciudad natal primero; París, después (Bosco, 1981)

En una urbe desarrollada, con una industria textil magnífica, no había que hacer un gran esfuerzo para encontrarse con la más extrema pobreza en suburbios y poblaciones miserables, instaladas a unos pocos minutos del centro. Allí, el frío, el hambre, el alcoholismo, la carencia extrema, en definitiva, la muerte; era el pan de cada día.

Cuando promedia el siglo XX, en Europa Occidental, particularmente en Francia, el costo social de un capitalismo brutal, en el cual la libertad se traduce en que el más poderoso es libre para devorar al más débil o, dejarlo morir y, por

lo tanto, en que la justicia se reduce a su mínima expresión; en ese contexto el Abate Pierre (su nombre religioso, después de estar con los capuchinos) ejercerá su apostolado.

No vamos a detallar aquí los datos biográficos de la historia del Abate Pierre, sino a tratar de extraer la raíz profunda de su denuncia: en la antesala del siglo XXI en donde el desarrollo parece alcanzar su máximo esplendor, junto al estándar de vida que en ciertas partes del mundo parece conseguirlo todo; seres humanos, mujeres, niños, ancianos siguen muriendo de hambre y frío, abandonados por sus semejantes.

El Abate Pierre no elude su compromiso con el hombre integral. El ser humano no puede aprender el catecismo si no come o se abriga primero. La *cura de almas* sí, pero desde la realidad completa. Su propuesta no es un bonito discurso para calmar los ánimos, para conformar y controlar el levantamiento de quienes no tienen nada. El osado y reconocido cura y político francés, que había tomado parte en la resistencia durante la guerra, no desconoce ni renuncia a la historia que vive. Recrea el Evangelio, lo hace de verdad anuncio y denuncia. Es Iglesia que vuelve a nacer allí, en medio de un instante histórico que es demanda irrenunciable por una vida más digna. En París se hace diputado de la república francesa y desde el parlamento sigue defendiendo la causa de los mendigos, de los sin casa, de los delincuentes y drogadictos.

El compromiso total de este religioso, la institución de sus *Traperos de Emaús*, que hoy se reparten por todo el mundo, nos hace significar que la tarea sigue adelante, que el mandato de amar y acoger a todos, en especial a los más pobres, los mismos pobres de los que habló Jesucristo, no es un slogan ni una pancarta: es un imperativo ineludible para todos quienes dicen ser Iglesia.

San Alberto Hurtado

Para educar no basta saber, es necesario ser. El maestro no enseña tanto por lo que dice, cuanto por lo que hace; no tanto por lo que sabe, sino más por lo que es.

Luis Alberto Hurtado Cruchaga nació acompañando el inicio del nuevo siglo, en 1901. En vida y, más aún, después de su muerte, acaecida prematuramente en 1952, el padre Hurtado se perfila como uno de los más brillantes y carismáticos miembros de la Compañía de Jesús en Chile. Fue un hombre que, dotado de una

gran capacidad para renunciar a obtener privilegios y reconocimientos personales, puso toda su formación de abogado, educador y sacerdote a desarrollar una tarea que, hiciera tomar conciencia a Chile y, en particular, a los católicos chilenos, del enorme divorcio existente en la sociedad que habitaban entre el mensaje y discurso que se predicaba y la dramática realidad social, especialmente en los cordones poblacionales marginales a Santiago y de otras grandes ciudades. Cuando formuló su célebre pregunta *¿Es Chile un país católico?*, primero, sutil o brutalmente, estaba denunciando la calidad de *ateos prácticos* de la mayor parte de los católicos chilenos, particularmente dentro de los estratos sociales más acomodados. En segundo lugar, estaba intentando cambiar por el amor y la entrega personal, con su propio testimonio, a esta sociedad aristocrática y clasista en la que le correspondía vivir y de la cual él tampoco se eximía como responsable.

Tercero, se oponía a la injusta legalidad de su tiempo, en particular en lo referido a demandas civiles y derechos laborales. En cuarto lugar, estaba proyectando un estilo de ser Iglesia comprometida, solidaria, acogedora, que tiende su mano a miles de humildes y que al carecer de la oportunidad que la sociedad les niega, encuentran en el regazo de la verdadera Iglesia el consuelo y la ayuda.

Su quehacer pionero en la Acción Católica, la fundación del Hogar de Cristo, el inicio de la publicación de la Revista *Mensaje*, su compromiso social ineludible y, sobre todo, su profunda fe en Dios y en el hombre, ponen a este constructor del Reino en el más selecto lugar de los altares. El carisma del padre Hurtado hoy es más fuerte que nunca. Reestablecida la democracia, después de un largo período de regímenes autoritarios en toda América Latina, que consolidaron y apologizaron poderosas estructuras de desigualdad social en el continente, subsiste evidentemente la privación social y la pobreza extrema. Es la gran deuda, la gran tarea pendiente. El padre Hurtado muestra un camino, indica la necesidad de atreverse a cambiar estructuras injustas por otras que ayuden a la verdadera liberación y promoción de los seres humanos de nuestros pueblos.

Obispo Manuel Larraín E.

El latifundio es anticristiano. Sin justicia no hay paz ni orden. Democracia y libertad deben caminar juntas. Sin libertad no podemos comprender la verdadera democracia.

A Manuel Larraín Errázuriz, obispo de Talca, unánimemente quienes le conocieron, miembros o ajenos a su rebaño, creyentes o agnósticos, católicos o profesantes

de otros credos, le indican como uno de los pastores más brillantes y preclaros de la historia de la iglesia en Chile, y también de Latinoamérica, durante el siglo XX.

El Comité Permanente del Episcopado Latinoamericano fue impulsado por él y fue su presidente en los primeros años, a partir de la asamblea constitutiva de Río de Janeiro, en 1955.

En Manuel Larraín quedó claramente establecida la necesidad del entendimiento, para la acción común de todos los obispos de Chile y del continente, como única forma de hacer oír a la Iglesia su pensamiento y orientaciones en un mundo dependiente, pobre e históricamente maltratado. Lo que la Iglesia ha planteado después en Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y recientemente en Aparecida (2007), tiene mucha relación, en su génesis, con el pensamiento del dignísimo obispo de Talca y otros ilustres prelados de su misma generación, como el recordado Don Helder Cámara, obispo de Recife.

Don Manuel Larraín, en muchos de sus planteamientos sociales se adelantaría a juicios vertidos posteriormente por el Concilio Vaticano II y, al menos, una de las encíclicas sociales de uno de los Papas contemporáneos con este recoge parte de sus pensamientos. La más genuina enseñanza social de la Iglesia llevada a la realidad del mundo campesino, el reclamo por la injusticia social derivada en Chile por siglos de mal reparto y arbitraria asignación de la tierra y estructuras sociales rayanas en procedimientos esclavistas (inquilinaje y peonaje), muestran el valor sustancial de este hombre haciendo renacer y recreando la iglesia entre los más pobres, las gentes de los campos.⁹

⁹ Poco conocía a Manuel Larraín, pero el autor de este artículo recuerda vivamente el día aquel en que siendo estudiante del Liceo de Hombres de Talca, ingresaron a la ciudad, una soleada tarde, los restos de Don Manuel, fallecido en un lamentable accidente carretero cerca de Rosario. Los colegios abrimos paso y toda la comunidad se volcó a las calles para recibir y despedir a su obispo. Pocas veces se vio tanto fervor. Allí la religión del pueblo, la fe de los humildes afloraba en cada espacio. Curtidos hombres de campo, que empezaban ahora a ser dueños de la tierra que trabajaban, con sus mujeres y sus hijos; carretas y cabalgaduras reunidos en la alameda y cerca del río, llegaban a rendir su último homenaje al pastor que había sentido y pensado como ellos, que les había defendido y en el cual difícilmente podía no ser entendida la causa de Jesucristo. Años más tarde, en la misma catedral de Talca (*construida con las promesas de los ricos y el dinero de los más pobres*), Helder Cámara congregaba al pueblo talquino para recordar a su amado hermano Manuel.

Mahatma Gandhi

Cristo es la más grande fuente de fuerza espiritual que el hombre haya conocido. Él es el más grande ejemplo de uno que desea dar todo sin pedir nada. Cristo no pertenece sólo al cristianismo, sino a toda la humanidad.

¿Qué justifica la presencia de Gandhi, el *profeta de la no violencia activa* en una reflexión como esta? Gandhi no es católico romano, ni siquiera un cristiano. La Iglesia, entonces ¿la hace, la compone, la edifica, la aproxima al Reino un no cristiano? En términos estrechos y allegados a la ignorancia que todos hemos exhibido de una u otra forma alguna vez o, simplemente, por la habitual y ancestral costumbre de *cerrar el círculo*, de levantar muros, de dejar en calidad de *bárbaro* (como era en el tiempo de los antiguos griegos) lo que está más allá de los límites de la ciudad o la comunidad, deberíamos conceder que este memorable personaje nada tiene que ver con la iglesia cristiana de la que estamos hablando, la que hemos concebido acríticamente, por tan largo tiempo.

Gandhi, amén del reconocimiento de su gran aporte a un estilo de vida y de lucha de no violencia a la opresión y a la injusticia política, ilustra muy bien el concepto *iglesia = humanidad toda*. Más bien, una comunidad que no puede ni debe excluir a todos los seres humanos y este hindú excepcional es uno de ellos; elemento fundamentado en los primeros tópicos del más elemental curso de eclesiología cristiana. Una iglesia que en su origen, en el mandato del propio Jesucristo de hacerla universal y de incorporar a ella a todo ser humano, no puede ni debe marginar a nadie. Una Iglesia que se opone a la secta en la que a menudo la transformamos.

No se ha pretendido en este simple estudio esbozar biografías. Es algo diferente a eso. Es el sentido de la presencia que cada uno de estos hombres ha tenido en la historia. No todos los que trabajan lo hacen anunciando el Reino. Muchos de los que no son iglesia (institucionalmente hablando) están, en verdad, construyéndolo.

Lo anterior, parece ser que doctrinalmente siempre estuvo claro. Se perdió esta claridad con los siglos. Los categóricos planteamientos del Concilio Vaticano II en las constituciones *Lumen Gentium* (1964) y *Gaudium et Spes* (1965), en el *Decreto sobre la actividad misionera* (1965), especialmente en el referido al Ecumenismo (*Unitatis Redintegratio*, 1964), sientan un valioso precedente al respecto. Vale la pena asumirlo.

Gandhi, habitante y líder de una sociedad pobre, dividida y, más aún, sometida políticamente, reconoce el valor universal e incontenible de Dios en la Humanidad. Nada deja fuera de su preocupación en la idea de profundizar en el conocimiento del misterio del hombre y de la creación: la Biblia, el Corán, Los vedas, los filósofos griegos, etc. Los derechos civiles y políticos, la independencia de su nación, la lucha contra la desigualdad social y la pobreza convencerían a Gandhi de que no es posible pretender la salvación sin comprometerse con el destino del género humano en su totalidad.

Oponerse al poder injusto, con decisión pero sin violencia, combatir la desigualdad, ser capaz de desafiar los hegemonismos degradantes, se constituyen en conductas que hoy también deber ser asumidas.

La desobediencia gandhiana contra las estructuras de poder indignas invita hoy a rechazar el pecado social tan extendido, tan poderoso, no obstante la prédica (no así la praxis) reiterada contra él.

Reflexión final

En el testimonio de la vida de los nueve seres humanos tratados en este trabajo, de tan diverso origen geográfico y temporalidad histórica, es posible reconocer la presencia y defensa indudable de valores y principios universales, independientes de tiempo y lugar, fuertemente asociados al derecho natural que todas las personas, por el solo hecho de serlo, les corresponde reclamar. Esos principios: justicia, solidaridad, libertad verdadera, igualdad, amor fraterno, finalmente se amalgaman con la categoría de la dignidad humana, aquella situación o estado de que merece gozar el ser humano por el hecho de *ser* humano y, aún más, por el hecho de ser creatura de Dios, dotado de libertad e inteligencia por el propio Creador. En la imperfección humana, en el pecado, la verdadera justicia tiende a perderse, en muchas ocasiones estructurada en marcos de costumbre y legalidad que no pocas veces son arbitrarios e injustos.

La Iglesia y quienes la componen sí son (o somos) verdaderamente coherentes con el Evangelio de Jesucristo y con el mandato de anunciar un nuevo estado de cosas a la humanidad; tiene la obligación moral de levantar su voz (aun rompiendo el esquema y orden establecido) para reclamar el justo orden de los valores, la preeminencia lícita del hombre por sobre todo lo demás. El denominador común en la vida y hombre de estos nueve personajes, hermanos nuestros, está en

haber encarnado –genuinamente– los principios del Evangelio, a pesar de la incomprensión y del desamparo, la marginación y la exclusión que ello podía significarles. Aquí, en ellos, está representada vivamente la *praxis* del Sermón de la Montaña (Mt5, 1-ss), interpelados todos nosotros a asumir y que incluye la buenaventura de los perseguidos a *causa del Señor*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS¹⁰

BOSCO, T. (1981). *El abate Pierre y los Traperos de Emaús*. Santiago de Chile: Editorial Salesiana.

CAMPOS, F. (1971). *Historia constitucional de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Jurídica.

CELAM. (1979). *Documento de Puebla – La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Santiago de Chile: Ediciones CECH.

CELAM. (1992). *Santo Domingo, Conclusiones. Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana. Jesucristo hoy, mañana y siempre*. IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Santiago de Chile: Ediciones CECH.

CELAM. (2007). *Aparecida, Documento conclusivo. Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida*. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Santiago de Chile: Ediciones CECH.

CONCILIO VATICANO II. (1991). *Documentos Completos*. Bilbao-España: Ediciones Mensajero.

¹⁰ El carácter de primaria que tienen algunas de las fuentes utilizadas o la existencia de compendios que las contienen, en particular en el caso de los epígrafes escritos bajo cada nombre, explican una data temporal –de algunas de ellas– bastante pretérita, según hoy exigen muchas de las más reconocidas normas de publicación vigentes; cuestión que debería tratarse de manera diferenciada cuando es el caso de estudios con sustrato histórico, como es éste. Los epígrafes, excepto el que aparece bajo el rótulo de Alcuino, corresponden (o se atribuyen) a dichos y expresiones de cada uno de los personajes expuestos en este trabajo.

DESCLÉE DE BROUWER. (1998). *Nueva Biblia de Jerusalén*. Bilbao-España: Ediciones Desclée de Brouwer.

FARGA, P. (2009). *Escritos inmortales: desde Aristóteles a Von Braun*. Barcelona: Editorial M.R.

LARRAÍN, M. (1963). *Escritos Sociales*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.

ORLANDIS, J. (1991). *Breve Historia del Cristianismo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

POBLETE, O. (1973). *Documentos para el estudio de la Historia Universal*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.

PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ (2005). *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*. Santiago de Chile: Ediciones Paulinas.

REVISTA MENSAJE 420 (1993). *Jesuitas en Chile: Historia y Porvenir*. Santiago de Chile: Ediciones Compañía de Jesús.

SILVA, J. (2001). *Eclesiología*. Apartado como apuntes de clases. Talca-Chile: Universidad Católica del Maule.

SPIELVOGEL, J. (2009). *Historia universal: civilización de Occidente*. México, Querétaro: Ediciones Cengage Learning.



Foto: Carlos Alarcón D./ Archivo personal

Copyright of UCMaule - Revista Académica de la Universidad Católica del Maule is the property of Ediciones Universidad Católica del Maule and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.